

Lunes 20 de Septiembre de 1920

PETARDOS Y PETARDISTAS

Una máquina infernal - y no se crea que es la de Domeyko, - ha explotado en Broad Street, en pleno centro comercial, como quien dice frente a la Bolsa de Comercio, dejando, igual que aquella, tendidos y en la calle a cuantos ~~se~~ encontraban en las inmediaciones del suceso.

Si el carro donde la máquina infernal fué colocada, iba cargado simplemente de dinamita o de traspasos de Central de Minas, es cosa que la policía neoyorkina no ha llegado a averiguar; pero sí, puede asegurarse que el pánico ha sido terrible, que el siniestro cuesta la vida a mucha gente - sean o no especuladores - y que las pérdidas ascienden a más de siete millones.

A no mediar la circunstancia de que aquí también ha habido otro siniestro parecido dentro del mundo bursátil y que no puede atribuirse en modo alguno a espíritus anarquistas, la bomba de Broad Street sería profundamente denigrante para nuestro amor propio nacional.

Mientras en Nueva York los elementos subversivos colocan bombas de verdad y producen alarmas y destrozos, los nuestros se contentan con modestísimas imitaciones.

Los distinguidos petardistas que propician la candidatura del señor Alessandri, ~~no han logrado hasta ahora con todos sus petardos producir la cuarta parte del espanto causado por sus colegas norteamericanos.~~

Desde este punto de vista la situación es desdolorosa y deprimentada para los anarquistas nacionales.

Entre tanto que el cable transmite al mundo el fúnebre balance de la explosión de Broad Street con un total de 30 muertos, 215 heridos, 40 mil vidrios quebrados, una cúpula hundida y más de un millón de dólares de pérdida, nosotros apenas podemos dar cuenta, como resultado de tres atentados anarquistas, del resfrío de un político coalicionista que se levantó en camisa al sentir la explosión, de una puerta cochera destrozada en casa de un senador y del desprendimiento de un trozo de piedra de cincuenta centímetros cuadrados en el Ministerio de Industria y Obras Públicas.

Averguenza decirlo; pero los daños causados por el afecto popular en los balcones del señor Alessandri son mil veces superiores a los ocasionados por el terrorismo.

La exquisita dulzura de nuestros anarquistas es algo que realmente desconcierta. Poseemos un nihilismo de salón, un nihilismo compasivo, casi un nihilismo de beneficencia.

Sus más encarnizados enemigos se verían en un serio conflicto para acumular cargos en su contra como no sea el de ponernos en una manifiesta condición de inferioridad respecto a los anarquistas neoyorquinos en cuanto a la eficacia de sus procedimientos.

Si para fortuna nuestra, alguno de los candidatos a políticos de cierta situación, hubiera contraído la extraña enfermedad de M. Deschanel y un día se cayera en pijama del carro dormitorio, y otro al fondo del Mapocho o a la Pila del Ganso, tendríamos por lo menos un hecho que atribuir a los terroristas chilenos, para salvar su fama ante los extranjeros.

Pero, nada. Las caídas de nuestros políticos, aunque sean frecuentes, carecen de todo aspecto pintoresco y son indignas de los honores cablegráficos.

Es preciso que nuestros petardistas hagan algo más notable, se consulten con personas del mundo financiero, o por lo menos precisen el objeto de sus maquinaciones, ya que parece demostrado que no van encaminadas a matar a los burgueses, ni destruir los edificios públicos, ni siquiera a alarmar a la ciudad.

¿Se trata simplemente de una manifestación de protesta contra las puertas cocheras, o de una réclame de fuegos de artificio, o, lo que es más probable, de favorecer a la industria de vidrios nacionales?

Tiempo es ya que lo expresen para no dejar mal puestas ante el mundo la virilidad y audacia de los anarquistas chilenos; porque si estos son realmente atentados terroristas, ¿con qué cara sus autores se van a presentar al comité general de la I.W.W. cuando se trate de rendirle cuentas de sus actividades?

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile